

**PRESENTACIÓN DEL
DICCIONARIO DE
AMERICANISMOS.**

Susana Cordero de Espinosa
Academia Ecuatoriana de la Lengua
Universidad de Otavalo

Quito, Fundación Guayasamín
10 de junio de 2010

Señor director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua; señores embajadores, colegas académicos presentes, amigas, amigos:

Antes de entrar en mi discurso, quiero homenajear y aplaudir con ustedes aquí a nuestro ex director de la Academia Ecuatoriana, don Carlos Joaquín Córdoba, cuya obra **El habla del Ecuador** nos permitió contar con una base idiomática sustancial como punto de partida de la cooperación ecuatoriana al presente **Diccionario de americanismos**. Junto con él, en trabajo entrañable, valoramos nuestro aporte, estudiamos muchos términos, confrontamos su actualidad, sus marcas, su decadencia, su lugar...

“Fue el abuelo quien me hizo el primer contacto con la letra escrita a los cinco años, una tarde en que me llevó a conocer los animales de un circo que estaba de paso en Cataca bajo una carpa grande como una iglesia”, escribe Gabriel García Márquez, en **Vivir para contarla**, su obra autobiográfica de mayor aliento, y continúa: El animal que más me llamó la atención fue un rumiante maltrecho y desolado con una expresión de madre espantosa.

-Es un camello -me dijo el abuelo.

Alguien que estaba cerca le salió al paso.

-Perdón, coronel, es un dromedario.

Puedo imaginarme ahora cómo debió sentirse el abuelo porque alguien lo hubiera corregido en presencia de su nieto. Sin pensarlo siquiera, lo superó con una pregunta digna:

-¿Cuál es la diferencia?

No lo sé, le dijo el otro, pero este es un dromedario.

El abuelo no era un hombre culto, ni pretendía serlo, pues se había fugado de la escuela pública de Riohacha para irse a tirar tiros en una de las incontables guerras civiles del Caribe. Nunca volvió a estudiar, pero siempre fue consciente de sus vacíos y tenía una avidez de conocimientos inmediatos que compensa-

ba de sobra sus defectos. Aquella tarde del circo volvió abatido a la oficina y consultó el diccionario con una atención infantil. Entonces supo él y supe yo para siempre la diferencia entre un dromedario y un camello. Al final me puso el glorioso tumbaburros en el regazo y me dijo:

-Este libro no sólo lo sabe todo, sino que es el único que jamás se equivoca.

Era un mamotreto ilustrado con un atlante colosal en el lomo, y en cuyos hombros se asentaba la bóveda del universo. Yo no sabía leer ni escribir, pero podía imaginar cuánta razón tenía el coronel si eran casi dos mil páginas grandes, abigarradas y con dibujos preciosos. En la iglesia me había asombrado el tamaño del misal, pero el diccionario era más grueso. Fue como asomarme al mundo entero por primera vez.

-¿Cuántas palabras tendrá? -pregunté.

-Todas -dijo el abuelo”.

Con estos entrañables recuerdos del gran colombiano inicio esta presentación, porque sus palabras resumen dos afanes esenciales de todo diccionario que se precie y yo diría más, de todo sueño humano: el afán de univocidad y la ilusión de totalidades, aspiraciones ambas que caracterizan la soledad de la avidez humana y revelan nuestra ineludible condena al fracaso y la pérdida.

Y sin embargo ¿no radica nuestra grandeza en la posibilidad de aceptar estas limitaciones y desafiarlas con la ilusión de vencerlas? Bien sabemos que es imposible que algo existente lo contenga todo y, tanto en el terreno de lo fáctico como en el de lo espiritual o imaginario, que algo tenga carácter unívoco, pues ya mucho antes de Heidegger, quien reconocía que la palabra es predestinada del equívoco, los antiguos filósofos supieron que la posibilidad de univocidad de un término depende esencialmente del significado en que se emplea; y un diccionario es, por definición, un registro de las diversas y ricas, y a menudo contradictorias significaciones aun de la más humilde palabra,... En rigor, el contenido de un diccionario demuestra palpablemente la imposibilidad de la sinonimia absoluta y, por tanto, constituye un registro del universo de lo equívoco.

Así, si el coronel estaba equivocado al esgrimir sus convicciones, el realismo mágico que late en las narraciones garciamarquianas, reconocible aun en su autobiografía, vuelve cierto de toda certeza que, en la voz del viejo y el recuerdo del niño, un diccionario sea un libro que lo sepa y lo comprenda todo y que jamás se equivoque, porque contiene toda la poesía necesaria para mantenernos vivos.

Tuve la suerte de participar desde la Academia Ecuatoriana en la elaboración

de este **Diccionario de Americanismos**, y por eso conozco íntimamente su historia como la de un ser vivo y amado, pues colaboré en su hechura durante alrededor de siete años, en trabajo continuo y ejemplar dirigido por el Secretario General de la Asociación de Academias de la Lengua, don Humberto López Morales, que culminó en la edición que hoy presentamos; el volumen reúne en 2.500 páginas alrededor de 60.000 artículos de términos de los países hispanoamericanos, con 200.000 acepciones, en edición realizada por primera vez en la historia académica, historia que comienza hace trescientos años, cuando en 1713 se funda la Real Academia Española cuyo propósito inicial fue “fijar las voces y vocablos de la lengua castellana en su mayor propiedad, elegancia y pureza». Y, para lograrlo, escribir un diccionario que recogiera el español de entonces, a fin de darle permanencia, limpiarlo y reconocerlo en su esplendor. Hoy, luego de un ciclo que empieza hacia el año 2000, posible gracias a la inagotable dirección de don Víctor García de la Concha y al aprovechamiento de la memoria y la velocidad informáticas, los diccionarios de nuestra lengua se escriben entre todas las Academias.

Al respecto, brevísimamente reseña: El año 2000 estuvimos reunidos en Madrid 22 académicos delegados de las distintas Academias, para planificar el trabajo de escritura y edición del primer diccionario panhispánico, titulado **Dicciona-**

rio panhispánico de dudas. Entonces, los académicos fuimos invitados por su majestad el rey don Juan Carlos al palacio de la Zarzuela y en reunión que nada tuvo de ceremoniosa y sí, todo de democrático respeto y sencillez, el rey dijo al director de la Real Academia Española, don Víctor García de la Concha *en altas y claras voces*: “Víctor, con vuestro trabajo, los académicos tenéis que devolvernos América”.

A nadie sonaron sus palabras a un afán de reconquista inútil e infructuosa, ni a vana nostalgia de grandezas perdidas, sino al anhelo de recuperación y de refundación del espíritu de unidad a través de la lengua.

Divide y vencerás era el lema que acompañaba batallas indignas de ganarse; *une y vencerás* pedía el Rey, y qué mayor elemento de unión y comprensión mutua que la lengua. Este maravilloso instrumento de comunicación que es el español, en el que se han escrito obras como el Quijote que no hubiera podido existir en otro idioma, llegó a América a bordo de las carabelas, palió el despojo de la conquista, nos dejó una vida interior hecha de riqueza tal, que aprendimos en español a ser americanos, a descubrir nuestra naturaleza, a nuestra gente, a nombrar nuestro mestizaje, a conocernos y reconocernos. Hoy América ha devuelto a España cuanto recibió en la lengua, con autores de la talla de Borges, Cortázar, Dávila An-

drade, Juan Rulfo, García Márquez, César Vallejo..., en fin, América hispana es en español. Y el trabajo extraordinario realizado por la Real Academia de consuno con las americanas en este lapso de diez años da testimonio de ello: el **Diccionario panhispánico de dudas** la **Nueva gramática de la lengua española**, el manual de ortografía, producciones posibles gracias al afán de la Real Academia y su organización extraordinaria, así como a su proyección e interés en cada uno de nuestros países, que ha aprovechado los aportes informáticos para volver factible una tarea que solo hace cincuenta años habría exigido décadas. El resultado que sintetiza esa devolución de América a España, obra tejida entre los pueblos americanos y la España fecunda, es esta obra singular. A propósito, repito las palabras de don Víctor García de la Concha, director de la Real Academia Española:

“Un intenso proceso de preparación editorial ha hecho posible su presentación en el V Congreso Internacional de la Lengua Española que acoge la ciudad chilena de Valparaíso en marzo de 2010. La coincidencia no es fortuita, ya que es voluntad decidida de la Asociación de Academias ofrecer a la comunidad hispanohablante el Diccionario de americanismos como su más importante aportación a la conmemoración del Bicentenario de la Independencia de las Repúblicas iberoamericanas, en cuyo marco se inscribe el Congreso”.

El trágico terremoto que asoló el querido país de nuestro Sur frustró la realización de ese V Congreso. Trabajaremos para que el próximo se realice en el mismo Chile de Neruda, de Gabriela, en el Chile ejemplar que espera resarcirse en el tiempo de seejante dolor y que hoy trabaja heroicamente hacia el futuro.

Permítanme unas palabras para describir el contenido de este volumen. El español de América aporta al español general un léxico extenso, nuevos significados, términos cocinados en la gracia cantarina de las lenguas aborígenes, la ingenua sonoridad del diminutivo aplicado a los alimentos cotidianos: las *habitas*, el *arrocito*; la reserva y delicadeza de un imperativo que procura paliar el mandato en pro de la exquisitez. De entre las sesenta mil voces contenidas en el diccionario, alrededor de quince mil pertenecen al léxico empleado en diversas regiones y ciudades ecuatorianas: palabras nuevas, como *llapingacho*, *pulchungo*, palabras del español general cuyo significado ha variado en América como *reporte*, o términos ecuatorianos que se emplean en otros países andinos tanto en el mismo sentido como en sentido distinto, o términos que se usan en toda América también en el mismo o distinto significado. He aquí, al azar, algunos de ellos: **boca floja**, por ‘persona indiscreta’, **prenderse**, por ‘animarse una fiesta’ o ‘avivar alguien una conversación’, **prenderse a alguien el foco**, por ‘encontrar alguien la solución

a un problema determinado’, y **¡qué foco!**, para referirnos a algo llamativo o chagra; **tumbado**, por ‘techo interior de las habitaciones’ o **bacerola**, por ‘betún’; **chapa**, por policía, **tocho** para referirse a ‘alguien de baja estatura y regordete’, y **tanquear**, por ‘abastecer de gasolina un vehículo’; locuciones y frases proverbiales como **ser un pan de dios**, ‘ser alguien muy bondadoso’ o **ser una dama**, ‘ser un hombre de modales refinados’, todo con las correspondientes marcas gramaticales, de niveles de lengua: *culto*, *vulgar*, *popular*, o registros de habla: *coloquial*; diatópicas o geográficas, correspondientes a la intención del hablante: *despectivo*, *irónico*, o a su valoración con respecto al mensaje: *eufemístico*, *malsonante* o cronológicas, como poco usado. La Asociación de Academias trabajó con, al menos, un académico de cada institución que coordinó, además, el aporte de jóvenes becarios cuya colaboración fue posible gracias a becas concedidas por la Agencia Española de Cooperación Internacional.

El volumen se completa con listas muy útiles de etnias indígenas vivas de Hispanoamérica, así como de los nombres de sus lenguas; de gentilicios americanos y una, curiosa, de hipocorísti-

cos; de nomenclaturas gubernamental y monetaria hispanoamericana, y siglas empleadas con mayor frecuencia.

El **Diccionario de americanismos** ha logrado reunir, de forma descriptiva, no normativa, en esta primera versión, por supuesto, perfectible, el léxico característico de cada país de América hispana; así, el habla rica y grave que nos vino de Castilla se devuelve a España en infinita variedad y con nuevo esplendor. Se halla en él nuestro aporte ecuatoriano al español de América y al español de España y el aporte del español de la península a cada una de las naciones hermanadas en la humilde magnificencia de la lengua. En este bello volumen nos hallamos y descubrimos unos a otros: ¿puede, otro libro, posibilitar tamaña virtud?

Lo que es yo sí, no me he de despedir sin contarles, panas del alma, que me provoca acabar para no darles dañando el día con un discurso que iba a ser chévere y ya está medio chanco, ¿no cierto?; despuesito nos vemos, y para que no vayan a creer que soy codo con mi tiempo, antes de que me manden sacando dejo diciendo que nada está acabando, y que oquey, ñañitos, chao, babay...

Revista Sarance N° 26, se terminó de imprimir en Ediciones
Caracteres Impresos -ECI-, Otavalo, julio de 2010.

